

1. ACCIDENTE EN PUIGCERDÀ



Mi familia tenía una tienda de bacalao en el barrio de Sants, en la calle Maldonado, llevo en la sangre lo de trabajar de cara al público. Aún veo a mi padre cortando las tajadas más finas o más gruesas según el gusto del cliente. Lo veo sacando el bacalao de la pila de mármol como si estirase una serpiente y lo veo abriendo los filetes con cuchilla, como si un pez de plata atravesara al otro pez.

Al mediodía, las mujeres se ponían de acuerdo y entraban a comprar el almuerzo todas a la vez. Entonces mi madre me cargaba a hombros, cruzábamos la puerta de la trastienda y salíamos a escena. Nos metíamos detrás del mostrador y ella se sentaba donde la caja registradora conmigo en el regazo y calmaba a las clientas exhibiéndome. Mi padre también se relajaba. Se le descolorían los mofletes, se le deshinchaban las venas y servía los garbanzos cocidos sin que le temblara el cucharón. Añadía y sacaba unos cuantos hasta dar con el peso exacto, los ceros en la pantalla de la balanza, dos redondeles como dos ojos rojos que a veces también salían en la caja registradora de mi madre, me hacían reír y me convertían en el centro de atención. Las clientas pasaban por caja como a adorar a un niño Jesús, sonreían y daban los billetes y las monedas. A todas les habría gustado tenerme un rato en el pecho.

Son mis primeros recuerdos y los relaciono con el oficio de actor, aunque seguramente es por haber acabado siendo actor por lo que tengo esos primeros recuerdos y no otros. Todo el mundo me

conoce por Malicious, a pesar del tiempo que hace que dejé el personaje y de que solo actúo en los monólogos del Teatre de les Arts. Da igual, para la gente sigo siendo Malicious, el psicópata asesino que volvía locos a los adolescentes.

Hace cinco años del accidente de coche. Un jabalí salió a la carretera y me mandó dos meses al hospital. Tengo que decir que no me lo merecía. Soy prudente al volante, he conducido siempre y la velocidad y el riesgo no me interesan. Respeto las señales y, si están equivocadas —como pasa en los países autoritarios; por ejemplo, aquí—, soy sensato y no me aprovecho. Siempre he tenido coches caros, porque los considero un instrumento de trabajo. Los llevo a revisar cuando me voy de viaje, que no es algo frecuente. Solo cojo el coche antes de los estrenos. Conducir es la forma que tengo de no pasarme los días previos mordiéndome las uñas y subiéndome por las paredes.

Voy más o menos lejos según los días de los que disponga. Salgo solo para conducir, para circular. No tengo la menor prisa por llegar a ninguna parte. Evito las nacionales y las autopistas y cruzo las ciudades y los pueblos por el centro. Siempre hay una plaza o una iglesia o un monumento que veo sin bajar del coche. Me paso días de siete u ocho horas al volante quemando gasolina. Me aísló del mundo como si llevara un tanque o un submarino, hasta que llego al lago Lemán o al pueblecito de Viavélez, en el Cantábrico. Hago noche en un hotel, doy media vuelta y me vuelvo a Barcelona.

Hay actores que buscan el bullicio de un bar para concentrarse estudiando el papel y los hay que necesitan el silencio y se desesperan con una mosca. Los hay que para hacer *Un tranvía llamado deseo* primero tienen que haber estado en Nueva Orleans o que no te estrenan *María Rosa* sin haber ido al pueblo de Tarragona donde se desarrolla. Cada loco con su tema. A mí me funciona conducir y estoy seguro de que no soy el único. Fijaos

algún día. Las carreteras van llenas de coches que circulan sin otro destino que el asfalto que pisan. Van camuflados entre los demás. Se quedan quietos y el mundo gira por debajo de las ruedas. Mirad dentro de coches en marcha, veréis a gente que rumia o calcula, que charla, que se pelea, que ensaya una reunión o que oye música. Muchos de esos no van a ningún lado. Llenan las carreteras y las autopistas. Matrimonios que discuten un divorcio, ladrones que preparan robos, empresarios que planean el negocio del siglo, amigos que han pasado a recoger a otros amigos como si fueran a una discoteca cuando la discoteca está en el coche, con neveras y barra y camareros, dormitorios y servicio de habitaciones. Muchos atascos y accidentes son culpa de conductores que se sienten más en casa en el coche que en el sofá del salón. Lo digo por experiencia. Tenemos de todo, ahí dentro, y lo último que queremos es llegar, huimos como animales con la jaula a cuestas. Conducir me relaja, me concentra y me protege. No me basta con quedarme embobado, necesito el automatismo de la conducción. Al principio, mientras enfoco y empiezo a estudiar un papel, tengo que andar o salir a correr, incluso apuntarme a un gimnasio y hacer máquinas o natación. Oigo todo el día la radio o veo alguna serie o leo algún libro. El cerebro no puede dedicarse solo a crear el personaje, me reventaría la cabeza, necesito esa especie de pararrayos. Ya al principio descubrí que en los días previos al estreno lo mejor es conducir. Cojo el coche e improviso el viaje. Por carreteras secundarias siempre que puedo y con el navegador apagado. Es fácil que me pierda, pero no me parece mal.

Enseguida me abstraigo de la conducción y me pongo a recitar el monólogo que voy a estrenar. Hago un ensayo general. No necesito a nadie. Ni técnicos, ni luces, ni consejos. Me dejo llevar. Reviso las palabras sílaba a sílaba. Afino la balanza, aprieto los tornillos, paso un paño, desinfecto. Hay poca diferencia entre actuar y actuar bien. Depende de un matiz, de un gesto invisible, de una inflexión sorda de la voz que lo cambia todo.

Circulo por el texto con el coche siguiendo las rayas blancas del asfalto, continuas, discontinuas, la frase interminable de la carretera, hasta que encuentro el mejor camino, la versión más convincente de cada frase, el trayecto más lógico para cada palabra y cada inflexión, la forma más natural de coger la curva de una ce a la velocidad justa, el peso exacto de los garbanzos en la balanza. Tenso las letras como si fueran de alambre. La carretera me guía, me concentra y perfila, los túneles hacen de embudo y las señales me dirigen. El aviso de peligro me advierte, la flecha blanca me hace girar a la derecha, el sesenta en el círculo rojo me refrena y el stop me para. Se acaba lo de pensar. El texto y yo somos de una pieza, consciencia inconsciente o inconsciencia consciente, da igual.

Transporto, paseo las palabras. Crecen en las montañas, respiran en los descampados, se diluyen en el horizonte, se mojan en los ríos y los pantanos. Trato de reconectar mi idioma con el mundo, de recargar esa lengua medio muerta. Antes, los actores buscábamos la pronunciación yendo a los pueblos. Ahora más vale no bajar del coche, así que busco la expresividad oscureciendo el idioma en los túneles y haciéndolo volar en los puentes, enfriándolo en la nieve y salándolo en la costa. Quemo las frases como si me las fumara, aspiro el paisaje para inflamarlas. Bajo las ventanillas y recito con el olor de la tierra y el trigo después de la siega, con la amargura de la hojarasca quemada en otoño o con el aire cargado de las tormentas de verano. Expongo las palabras a los rayos, las entierro, las chamusco al sol, las pincho con las ramas carbonizadas de un bosque incendiado, se las doy a masticar a los animales. Las industrializo, las poligonizo, las embadurno en los vertederos y las sacrifico en los mataderos, las restriego por el suelo, las dejo en remojo como hacía mi padre con el bacalao. Las estrujo impresas en papel, las ensucio, las dejo en un pinar y al volver las recojo cargadas de borrajo y escarabajos. Huelen a setas. Las clavo en el anzuelo, echo la caña y le pongo paciencia.

Alquilo casas y habitaciones de hotel para ellas, las llevo a clase, las guardo en almacenes y refugios, durante años, como en bodegas o invernaderos. Las encierro en cárceles y las vendo en el mercado, las prostituyo en clubes de carretera y las pervierto en el Parlament. Invierto palabras en la Bolsa, gesto palabras en vientres, abro palabras en el quirófano y después las coso con puntos de tinta para probarlas antes de subir con ellas al escenario y devolverlas al mundo.

La noche del accidente faltaba una semana para el estreno. Salí de Barcelona después de comer, quería perderme dando vueltas unos días por los Pirineos, tan llenos de curvas y rincones. Encendí la radio y salí del garaje. Las noticias hablaban del presidente en el exilio, que quería volver a Cataluña, decía, y reactivar la independencia. La apagué y conduje en silencio. Antes incluso de salir de Barcelona ya había empezado a recitar el monólogo.

Conducía muy concentrado. A mi alrededor, los coches corrían como bancos de peces y manadas de antílopes. Se agrupaban, se separaban, se asustaban si veían un coche de policía parado al acecho como un depredador. A medida que recorría kilómetros, la carretera fue vaciándose y estrechándose. La gasolina alimentaba el coche y el monólogo me alimentaba a mí, monólogo y carretera iban juntos, como siempre. No estaba cansado, al contrario, me había levantado tarde y conducía con la exaltación de un espectáculo nuevo en su punto más agradable, cuando limo, engraso y encajo las palabras para que en el escenario todo sea fácil y dulce.

Las palabras exigen su tiempo. Tienes que dejarlas a su aire, tienes que arrinconarte y dejarlas pasar, por eso hacía aquellos viajes, para quitarme de en medio.

El sol fue perdiéndose por las montañas. Eran más de las diez de la noche y había recitado el monólogo entero dos veces. Me encontré una carretera en obras. Las vi venir de lejos. Las luces

amarillas intermitentes reptaban por la montaña como una serpiente de velas, recorrían un largo tramo de carretera recién asfaltado. Se encendían y se apagaban sin orden ni concierto. Era como pasar con una nave espacial entre constelaciones perdidas: el Tren, el Martillo, la Raqueta. Conducía para liberar imaginación y poder recitar, pero en aquel momento mi imaginación se concentraba en la carretera en obras, entre barreras New Jersey que me protegían por un lado de caerme al precipicio y por el otro de rozar la roca de la montaña. Los camiones gigantes y las máquinas de asfaltar dormían en el arcén. Aquella montaña sería durante décadas como un cielo estrellado, pensé, como una mina de piedras preciosas al aire libre, porque los negocios funcionan así. Las antorchas amarillas me teñían las palabras, las encendían y apagaban, y yo iba mandándoselas al público del día del estreno, de la galaxia de los Pirineos al Teatre de les Arts de Barcelona, desde el pasado hasta el día del estreno.

Cogí el desvío hacia una carretera secundaria. A esa hora era toda para mí.

No veía la luna, pero los abetos eran plateados. Finales de octubre, nada de nieve, un bosque espeso, un muro metálico de árboles a ambos lados. Iba a cincuenta y cinco por hora. Ya no recuerdo nada más. Había visto una señal de límite de velocidad a sesenta y había echado un vistazo al salpicadero sin dejar de recitar. Gasolina de sobra para llegar a un hotel. Había pasado una indicación hacía poco: PUIGCERDÀ 25.

No tenía prisa. Conducía con la comodidad de un pub inglés a medianoche, con esa embriaguez que es la causa y la consecuencia de la confianza. Llevaba un buen coche, un Audi Q8, con volante, cambio de marchas y asientos de cuero. La luz azul del cuadro de mandos era como la de una habitación de hotel o un estudio de grabación. Recitaba pendiente del reloj, porque el

texto se me estaba alargando un poco y quería concentrar los silencios.

Tengo buena memoria para los detalles, es básico para mi trabajo, la memoria de los gestos, de los movimientos y la entonación. Recuerdo el cincuenta y cinco en el velocímetro y después ya al enfermero encima de mí, la luna entre las ramas de los abetos y una cascada de dolor que va saltando de un hueso a otro. Me llevan en camilla. Están subiéndome a la ambulancia, he tenido un accidente y cierro los ojos.

Entre el velocímetro que marca cincuenta y cinco y la ambulancia no hay nada, como un agujero. No se parece en absoluto a dormir. No existe la droga del sueño, no hay ninguna transición que me lleve de la consciencia a la inconsciencia, no hay anestesia. Al cabo de unos días, me durmieron para operarme, después del pellizco de la aguja sentí que el fármaco me entraba en la vena y me subía brazo arriba hasta el cuello, y del cuello al cerebro. Una química densa me ensanchó las venas antes de dispersarse como un ejército de ocupación por mi interior. Ni el sueño ni la anestesia se parecen al corte seco entre el cincuenta y cinco del velocímetro y el enfermero encima de mí y la ambulancia. El sueño y la anestesia se anuncian primero y te devuelven después al mundo en olas, como un mar devuelve un cadáver. Entre el cincuenta y cinco y el enfermero no hubo ni frontera.

El médico me habló de amnesia disociativa.

—Pasa con relativa frecuencia —me dijo— en casos de accidente como el suyo. También se da en víctimas de atentados, bombardeos, incendios y violaciones, o en pacientes que han tenido la desgracia de ver el suicidio o la muerte violenta de una persona querida. No sabemos a ciencia cierta qué la provoca. Es posible que el cuerpo se bloquee y pierda la consciencia para evitar una descarga mortal de adrenalina. No lo sabemos. Las secuelas pueden ser depresión, insomnio y cambios de humor, pesadillas, pérdida de concentración o episodios de ansiedad en lugares que puedan

recordar el de la desgracia. Pero, igual que pueden presentarse recuerdos involuntarios y obsesivos, también puede perderse la memoria por completo, como en los casos de niños violados que no recuerdan nada. Con los años, es habitual que la memoria vaya volviendo, pero también puede ser que no se recupere nunca.

A los pocos días se presentaron unos policías en el hospital para hacer el atestado. Me enseñaron fotos del coche empotrado contra el tronco del abeto y del jabalí muerto. Les pedí que me las mandaran al móvil, aún las tengo.

Si en aquel momento se hubiera abierto la puerta y otros policías me hubieran dicho: «Venimos a detenerlo por el atropello mortal de una persona tres kilómetros antes de donde tuvo lugar el accidente y por omisión de auxilio», no habría podido negarlo. Habría tenido que creérmelo.

No podía saber si entre el cincuenta y cinco del velocímetro y el momento de tener al enfermero encima habían pasado media hora o dos, o si habían sido tres. No sabía en qué momento había perdido la consciencia. ¿Al salir a la carretera el jabalí de la fotografía? Entonces, ¿por qué no tenía ningún recuerdo del jabalí? El olvido no empezaba con la sorpresa de un jabalí en mitad del asfalto, sino que se extendía hacia atrás, hasta el cincuenta y cinco del velocímetro, igual que se extendía hacia delante hasta que veía al enfermero encima de mí. El jabalí no aparece hasta que me lo enseñan en la fotografía. ¿De dónde diablos había salido aquel animal muerto con los ojos abiertos y una mosca en el morro?

¿Y qué espacio ocupaba, exactamente, el olvido? ¿Hasta cuándo, antes del accidente? ¿Un metro antes? ¿Un kilómetro? ¿Y después? ¿Cuánto tiempo tardó en llegar la ambulancia?

¿Y cómo podía saber que antes de ver al enfermero había estado todo el rato inconsciente? Entre el cincuenta y cinco y el accidente, ¿tuve tiempo de parar el coche y bajar a hacer pipí?

¿Y si aún se presentaban en el hospital más policías?

«Venimos a informarle de que hemos seguido estudiando su caso después del atropello y hemos abierto nuevas líneas de investigación. Ahora también se le acusa de haber asesinado a su mejor amigo, el día 5 de abril de 2009». ¿Cómo dice? ¿Que yo he matado a...? ¿Un amigo mío? Es una broma, ¿no? Hago memoria de los amigos que no veo desde hace mucho tiempo, de los amigos de los que no tengo noticias. ¿Cuál podría ser? ¿Soy capaz de matar a un amigo y olvidarme? ¿Tanto me ha afectado que he llegado a olvidarme no solo del crimen, sino también de mi amigo y de toda la relación pasada? ¿Incluso de los motivos para matarlo? ¿O no tenía? ¿Ni motivos ni amigo? Pero ¡si ahora me dicen que era mi mejor amigo! ¿Tengo la memoria llena de agujeros más grandes que mi persona? ¿Qué sería peor, haber matado a ese amigo o haberlo olvidado? ¿Y si el olvido me redimía? ¡Por eso no me acordaba! ¿Qué es todo eso que no recuerdo? ¡Todo eso que no he hecho y que precisamente por eso he hecho!

Si era peor haberlo olvidado, ¿no sería también, a la inversa, un crimen imaginarme crímenes que no había cometido, como si estuviera recordándolos? ¿No había hecho siempre eso al meterme en la piel de Malicious? ¿Por qué lo interpretaba tan bien sin preparármelo siquiera? ¿Solo porque mi familia tenía una tienda de bacalao?

La muerte violenta de alguien querido, decía el médico, puede provocar amnesia disociativa. En la cama del hospital le di muchas vueltas. ¿Qué diferencia hay entre un recuerdo perdido que recompones y la imaginación? Según mi policía imaginaria, yo habría arrastrado durante más de diez años el peso de un asesinato que no recordaba. ¿Había logrado olvidarlo gracias al accidente o ya lo había olvidado antes? No recordaba haber tenido ningún recuerdo de aquello. Quizás era aquella carga lo que me había hecho desesperar y tener el accidente. ¿Y si me había venido a la memoria a traición precisamente entonces, mientras conducía? ¿No fue

culpa del jabalí, sino de lo que el jabalí me recordó? ¿Quizás mi amigo era cazador?

Más de una década viviendo sin el recuerdo de un crimen, todos aquellos años pensando: ¿qué debe de haberle pasado a mi amigo? ¿Por qué no llamará nunca? Nos llevábamos mal, a veces discutíamos, pero ¿hasta ese punto? Y, si era capaz de matar a un amigo y no acordarme, ¿qué más podía haber hecho? ¿Qué más debía de haber hecho? ¿Cuántos crímenes tan bien planeados que no habían dejado la menor constancia? Era tan bueno que no dejaba ningún rastro, era tan experto que me lo borraba incluso a mí mismo. Ese era el secreto de mi éxito en *Malicious*. ¿Qué había de interpretación en mis películas? ¿El público veía lo que yo no recordaba, detectaba en la pantalla la realidad que a mí se me escapaba, que exponía al mundo sin darme cuenta?

Y ¿por qué descubrían mis crímenes precisamente en ese momento? ¿Los había confesado también durante mi vacío de memoria? ¿De qué sería capaz, a partir de aquel día, si el pasado era tan imprevisible? ¿Cuál sería mi moral?

Salía al jardín y empezaba a cavar.

La pala encontraba carne blanda y se topaba con huesos pequeños, infantiles. Quizás aquel vacío de la memoria era la columna vertebral, la viga maestra que sostenía mi persona. Quizás estaba a punto de desmoronarme.

Quizás aquel agujero explicaba el oficio de actor, mi fijación con un mundo representado, la huida a un espacio más allá o más acá de lo real, el intento de llenar un vacío de la realidad con realidad inventada. ¿Para eso necesitaba el teatro? ¿Para eso lo utilizaba? ¿Para compensar a *Malicious*, que a su vez compensaba mis crímenes?

Tengo cincuenta y siete años. Quizás es la marca del envejecimiento, ir llenándome de vacíos hasta que no quede nada de mí, ir tapando con hojarasca poco a poco la hierba en torno al árbol que soy, ir asumiendo, aceptando, hasta que todo me dé igual o hasta

que solo me quede un poco de vergüenza asumible. Contra eso escribo este libro.

La amnesia disociativa es una muerte con resurrección, una muerte no definitiva, un ensayo. Quizás no haya una muerte definitiva.

En las ocho semanas de ingreso en el hospital de Puigcerdà no me faltó compañía. El día de la operación, Clara, que es quien me escribe los monólogos, se quedó a dormir en un hotel. Mis ayudantes del teatro iban a verme de vez en cuando y mi representante en el mundo audiovisual pasaba dos días por semana.

Las lesiones desaconsejaban el traslado a una clínica privada de Barcelona, pero, como poderoso caballero es don dinero, tuve una habitación para mí solito. Mi agente quería controlar las noticias. El actor de *Malicious* accidentado no daba buena imagen comercial. Tuvimos que hacerlo público, pero mentimos diciendo que había cambiado de hospital. Hubo revuelo cuando anunciamos que el estreno del monólogo se posponía hasta nuevo aviso.

No se presentó ningún policía más. El que sí se presentó fue Vadó. Era mediodía, yo estaba solo y llamaron a la puerta. Quien fuera no esperó a que contestara, abrió y entró. Era un chico gordo, de pelo rizado y nervioso, de unos treinta años, con un chándal negro y una mano en el bolsillo que hacía tintinear un manojito de llaves. Pensé que sería del personal de limpieza o que habría venido a arreglar una persiana o un radiador, pero no llevaba cubo ni caja de herramientas.

Se acercó a la cama sin decir nada. Hasta que me tocó el brazo, como si quisiera despertarme o asegurarse de que era real.

—Te encontré yo —dijo—. Yo avisé a la ambulancia.

No contesté. Un momento. ¿Por qué no has llamado antes al hospital y me has pedido permiso para visitarme? ¿Y cómo has conseguido entrar? ¿A escondidas? ¿Con mentiras?

Yo daba por hecho que la noche del accidente me había encontrado la policía, pero es verdad que era mucho suponer. Aun así, ¿cómo podía saber si me había encontrado él? Todo el mundo conoce a Malicious. En el hospital no debía de hablarse de nada más. Mi representante había negociado con la dirección, había hecho que dieran instrucciones y estaba pendiente de las redes, pero habría sido un milagro que nadie se lo contara a sus conocidos. ¿Por qué tenía que creermelo que me había encontrado aquel chico?

Quizás después del accidente llegó un Renault Megane con cuatro chicos aún más jóvenes. Ven el Audi estrellado, frenan, paran el coche, bajan y corren hacia mí con el móvil en la mano. No me ven, porque detrás del cristal roto de la puerta está el airbag lateral hinchado. Abren entre dos y me encuentran inconsciente en el cojín blanco del airbag frontal, atado por el cinturón.

Estrellas, frío, silencio, adrenalina, parece una película mía y los cuatro se dicen: ¿Seguro que no es él? Él sin maquillaje ni cuchillos, no estamos soñando, no es la serie, no es la película en pantalla grande, hace años fuimos a ver *Malicious Butcher*, un sábado, fuimos juntos al cine, os acordáis, ¿no? Pues claro que es él, y esto es una broma muy bien montada, para ponernos a prueba... ¿O hemos bebido demasiado? No, no hemos bebido demasiado, no hemos bebido nada, es una prueba o un experimento que hacen, porque Malicious no existe, pero es que ahora lo tenemos aquí delante, podemos tocarlo y no notará nada. Si están grabando una escena, ¿dónde están los focos, las cámaras y el director? ¿Escondidos? ¿Es un montaje? ¿Es realidad virtual?

Hacía ocho o diez años, para promocionar *Malicious Revenge*, hicieron que el actor, este del coche, diera una vuelta por el paseo de Gràcia, por la noche, cuando ya habían cerrado las tiendas. Grababan la reacción de la gente que iba andando o salía del metro y

se lo encontraba. En el anuncio no se podía saber si las víctimas se asustaban o si jugaban a fingir que se asustaban. Funcionó muy bien. Lo ponían en los cines y en internet, con las caras de la gente muerta de miedo. Si ahora el accidente del Audi era una prueba, debían de esperar de ellos cuatro que salieran pitando o que fueran unos héroes y que por fin liquidasen a Malicious. Habían visto sus películas y su serie, sabían a quién se enfrentaban, habían crecido impresionados por sus perversiones, las carnicerías que habían marcado a su generación.

La única chica de los cuatro era la pareja del conductor, una gótica retro y pálida, un resto de serie del siglo pasado, melena negra, planchada, labios morados, maquillada y con el tatuaje de una cruz pequeña en el cuello, que le dijo al conductor:

—Tú eres imbécil. ¿Por qué has tenido que parar? Ahora si se muere podemos acabar en la cárcel. Denegación de auxilio, hola qué tal, ¿cómo te quedas? Ahora con la ley en la mano somos cómplices los cuatro. Te juro que la has liado. No tenéis ni idea, que yo he estudiado derecho y si tocamos a este pringado y se muere los familiares podrán denunciarnos por homicidio imprudente o involuntario o lo que sea. Pero si no hacemos nada también podrán denunciarnos por denegación de auxilio. O sea, que pueden denunciarnos por haberlo tocado o no haberlo tocado o por haberlo tocado y no haberlo tocado y no me estoy rayando. Estamos gafados. Tanto si prestamos auxilio como si no prestamos auxilio se nos cae el pelo. Pueden reclamarnos una indemnización millonaria que ni de coña podemos pagar y por lo tanto nos mandarán a los cuatro a tomar por saco, en otras palabras, cárcel segura. Vosotros no sabéis de leyes, pero cien por cien que el puto señorito tiene unos abogados que te cagas y una querrela no nos la quita nadie y entonces, bro, si tú no sabes de leyes, ¿por qué ovarios has tenido que parar? Es pregunta retórica. Un actor vip celebrity... Menudo pitote nos hemos buscado, en otras palabras, toca pirarse ya, que aquí no hay cámaras.

Pero nadie se movía. La chica negó con la cabeza y los dio por imposibles. La curiosidad era demasiado fuerte. Arrastrándose poco a poco, con ella detrás, los otros tres fueron acercándose al Audi Q8.

—No me lo creo —dijo uno.

—No será que no es él —dijo otro.

—What the fuck, un loser.

—El hijo de puta más hijo de puta de todos los hijos de puta.

—A ver. No es Malicious. Es el actor. No es lo mismo.

—Sin uno no hay otro, también te lo digo. Malicious no tiene culpa. Es inocente. Psicópata. Producto del sistema. Aparte de que Malicious no existe. En cambio él sí existe y se esconde detrás de Malicious por puto cobarde. Simplemente que en la vida real no se atrevería a hacer lo que hace disfrazado de Malicious.

—Me estoy cagando, gente —dijo el conductor—. En *Malicious Survival* va a una casa y dice que ha tenido un accidente y le abren, los mata y no deja a ninguno, los padres, los hijos, el perro, el gato. Puede ser una trampa inspirada en *Malicious Survival*.

—No tiene gracia.

—Eeeh... Un momento —dijo la chica—. Esperad, no caigamos en la trampa. Esas películas son perjudiciales. Todos hemos pasado por ahí. Nuestros padres nos llevaban al cine a ver esas putas mierdas o nos las dejaban ver en la tele, que no sé qué es peor, o en el móvil, los niños se las toman como un modelo porque Malicious siempre gana y el mal triunfa. Así de sencillo. Ese es el ejemplo gore que nos dan para lobotomizarnos. Es muy inmoral. Esas pelis y series tendrían que estar prohibidas porque deshumanizan y siempre atacan a la gente vulnerable, noventa y nueve por ciento mujeres, porque la injusticia es el business del egoísmo, del egoísmo a corto plazo y como si no hubiera un mañana porque nadie piensa en el mañana. Miras el cambio climático que nos lleva a la extinción como especie humana y nos lo habremos merecido, hostia puta, nos lo comeremos con patatas y no se perderá

tanto, la verdad es que cuando ves estas mierdas piensas: correcto, merecemos la extinción, está claro, pero haced un break y por un momento, si no es pedir demasiado, intentad captar el fondo de la cuestión. Hacedos esta pregunta: preguntaos por el planeta. El planeta ¿qué? ¿Eh? Esa es la clave. ¿Todo ok? Los pájaros, los árboles, los gatos, los delfines, las ballenas... ¿qué culpa tienen? A la mierda, ¿no? Porque yo puedo decir: ven, meteorito, acaba con nosotros. Mirad el cielo, cuántas estrellas. Por más que sople el viento, las estrellas no se apagan ni se van. En cambio nosotros no somos nada. Yo creo que en este planeta seremos los últimos en extinguirnos porque no valemos ni para eso, somos los más cortos. ¡Ven, meteorito, de verdad, acaba con nosotros! ¡Que rule el karma! ¡No tardes más, meteorito, va, ven, date prisa! Es fácil, ¿no? Pues siento desengaños. Porque pensad un poco... ¿Y los que no tienen culpa? ¿Y la gente vulnerable? Esos ni voz ni voto, ¿no? Es patético. ¿Esos también tienen que pagar por nuestro egoísmo? Qué hijos de puta estamos hechos. Y cuando digo todos quiero decir todos. De verdad que sí. No tenía por qué ser así, pero es el business del egoísmo y esas pelis y esas series de mierda son anuncios, megaaanuncios para acostumbrarnos al dolor del mundo, son manipulación, es correcto, lavado de cerebro en toda regla, porque nos conformamos y no protestamos y porque nos tragamos su business desde pequeñitos, para estupidizarnos y que digamos: mira, podría ser muuucho peor. Si todavía vamos a tener que dar gracias. De verdad lo digo. Lo llaman democracia, pero no lo es. Los ricos y los poderosos promocionan esa mierda de productos porque a ellos no los violarán un día que salgan de noche, no les matarán a sus hijas después de violarlas por delante y por detrás y por arriba y por abajo. No sufráis por sus hijas, que os juro que no corren peligro como nosotros, las malas putas pijas salen ganando también con el business del egoísmo, y esas pelis los gobiernos no las prohíben ni las censuran porque ellos no mandan y las subvencionan para que se perpetúe el modelo heteropatriarcal de

violencia machista imperante. Yo en esas pelis solo veo gorilas, el planeta de los simios, machos alfa asesinos como el del cochazo y la testosterona en garrafa. Son comeduras de coco que los perpetúan en el poder y es lo único que quieren, perpetuarse en el business, el business... Yo solo pregunto que a qué precio, os pido que penséis un momento. Mirad a ese payaso hijo de puta trumpista. Da arcadas. Mirad el cochazo. En mi nombre, no. Y después que si los jóvenes no valoramos lo que tenemos, que si a los jóvenes nos falta conciencia, que si no traemos hijos al mundo... Preguntaos por qué no traemos hijos al mundo, gente. Borraos de la cabeza el componente materialista. Precisamente porque aún creo en la humanidad no pienso como mujer traer a una víctima más a este mundo, para que las élites como este se aprovechen de ella y la esclavicen y mi hija tenga que ver pelis tóxicas. Y una mierda. —Sacó el móvil del bolsillo y se puso a grabar—. El karma existe, os lo juro, lo veis, y es más, el fascismo se combate. Voy a colgarlo en TikTok ya mismo, que se sepa que una rándom como yo se ha encontrado con un cerdo patriarcal, pero que aún hay humanas que tienen los ovarios llenos y no se pliegan a las dinámicas de dominación de los poderosos y que he tomado la humilde decisión de no retroceder. Guapos y guapas, que palme el cerdo ahora mismo. Vamos a pirarnos antes de que pase un coche.

—Un momento —dijo entonces el conductor—. Irse no es combatir. Cruzarnos de brazos es la vía fácil. Pero yo creo que no. Yo digo que no. Yo reivindico que ni un paso atrás. Tenemos que mandar un mensaje claro. No pasarán. En *Malicious Butcher* utiliza las llaves del coche para vaciarle los ojos a un gato vivo. Ni olvido ni perdón. Un voluntario que saque las llaves del contacto. Venga, un voluntario para entrar en el coche. Deprisa, hostia, no tenemos toda la noche. ¿Y qué...? Vale. Puedo entenderlo. No lo disculpo, pero puedo entenderlo. Puedo perdonarlo. La violencia y la sangre me provocan náuseas. No digo que no. Pero como mínimo vamos a pegarle fuego al coche. No nos quedemos mano sobre mano. Total,

el coche debe de estar a punto de incendiarse. Pero tenemos que asegurarnos. Pasadme un encendedor. ¿Quién lo tiene? Tú ve grabando, Jèssica. ¡Selfis no, tía! ¡Por favor, al menos que no se me vea! O al menos que no se me vea la cara, hostia puta. Traed el encendedor. No pasarán. Ni un paso atrás. Esta guerra la ganamos. Solo el pueblo salva al pueblo. ¿Veis como no podemos irnos? El hijo de puta aún respira. Hostia santa. ¿Por qué no se enciende?

—Espabila, que como venga un coche se va todo a la mierda. Y encima tendremos que acompañarlo al hospital. Encima me colgarán una medalla y me harán un homenaje. Si lo estoy viendo. Vivimos en un sistema parasitario perverso que lo chupa todo. Venga, rápido, que me veo en Instagram y en TikTok. Heroico rescate del actor de *Malicious*. Megamillones de likes. Veo los memes. Me imagino mi futuro de influencer big data big business big money. ¡Pásame el mechero, puta mierda! ¿Por qué cuesta tanto? Apartaos, salid de detrás que esto va a petar... ¡Que corráis y me esperéis en el coche, venga, largo! Calma, calma, hostia, que no se enciende. ¿Preparados? Eeeh... Tres, dos... Esto va a ser épico. No es *Malicious*, pero lo representa, la culpa es de este pervertido, lo habéis visto en las entrevistas, está enfermo, es escoria. Dice que *Malicious* quiere ser un toque de alerta, *Malicious* quiere ser una advertencia... Una advertencia... Con *Malicious* quiero expresar el dolor del mundo... Me explota la cabeza, hijo de puta señor fascista. Porque y el pobre *Malicious* ¿qué? Al pobre *Malicious* que le den por saco, ¿no? Como a los árboles y a los animales. Ven, meteorito, vale, pero y los árboles y las plantas ¿qué? ¿Quién se acuerda de ellos? ¿Quién piensa en ellos? Pues yo, yo pienso en ellos, bro. Y no compro. Un nazi, si le quitas el uniforme de nazi, ¿ya no es nazi? ¿Nos hemos flipado? Si le quitas la esvástica, ¿no le queda nada de nazi? Si le quitas el saludo nazi, pregunto, a ver, si le cortas el brazo, ¿el nazi ya no es nazi o qué? Y, si un nazi en vez de matar judíos mata al planeta entero, ¿ya no es nazi? Un nazi es un nazi tan nazi si mata judíos como si no los mata, os voy a

decir más, el nazismo no muere, solo se transforma. ¿Queda claro u os hago un dibujo? Un nazi es un nazi aunque sea judío. No todo está en venta. Y mira, puto nazi, para ti se ha acabado la peli, se ha acabado la serie y muerto el perro se acabó la rabia y muerto el nazi se acabó el nazi y que vayan aprendiendo. Ya sé que buscarán a otro nazi filofascista para que siga con el business de la serie y el big money y que el business no parará, vale, pero al menos este partido esta noche lo ganamos nosotros. Les costará encontrar a un hijo de puta como él para seguir la serie, también te lo digo, difícil que alguien le llegue ni a la suela del zapato, era bueno, el hijoputa, muy bueno, un nazi filonazi de los pies a la cabeza, puto nazi, lo lleva escrito en la cara, miradlo, nazi prémium gama alta y rechacen imitaciones, pero cuando la peña vea a su sustituto la peña recordará cómo acabó este nazi y será aviso para navegantes, a chupar karma, nazis del mundo, aquí tenéis la prueba y que os den por culo y a la mierda. ¡Corred al coche que ahora voy, venga! ¿Preparados? Tres, dos, uno... Go! Hostia, que no se enciende. Esperad. Y ahora ¿qué? ¿Tenemos una bolsa de plástico? ¡No, un segundito, no, las cadenas, traed las cadenas, las cadenas del coche y grabad! ¿Algún voluntario?

—¡Hostia fucking mierda puta loco un coche vámonos cagando leches venga!

Las once de la noche, ha pasado media hora, Vadó conduce con la radio puesta, ve las luces del Audi Q8 empotrado contra un árbol al pie de la carretera. Frena, pasa por encima de una galaxia de cristales, para el Sandero en el arcén, pone los indicadores de emergencia, baja móvil en mano. Comprobó que hubiera cobertura. Suficiente. A saber cuánto hacía del choque, estaba muy oscuro, el bosque no dejaba pasar la luz de la luna. Se acercó a mi coche buscando ya en el teléfono el número de emergencias, un fantasma con cara de torta a la luz de la pantalla, el pelo rizado de un

angelito volando hasta el Audi. Por la ropa que llevaba cuando se presentó en el hospital, el chándal de estar por casa que no se sabía si era la causa o la consecuencia del sobrepeso, me quedó claro que de médico o de enfermero tenía tanto como yo. Ahora se acercaba al coche temblando, en parte contento por la aventura y porque el accidente no lo había tenido él, sino yo, por un lado esa alegría y por el otro una doble recriminación: antes que nada, se reprochaba haber parado. Ya habría bajado alguien más del restaurante de las pistas que se habría ocupado del accidente y no habría tenido que cargar él con el muerto, nunca mejor dicho. Porque al día siguiente tenía que levantarse a las cinco y el trabajo del almacén era una paliza y él no estaba precisamente en forma. Y, segundo, se reprochaba tener unas intenciones tan cabronas como pasar de largo del accidente y justificarse pensando que no era culpa suya, porque todo Dios habría tenido ganas de ahorrarse el jaleo y pasar de largo, era humano volver al Sandero y huir a toda pastilla. A saber cuánta gente había pasado por allí antes que él. Quizás hacía horas, días, que el Audi estaba allí. ¡Semanas, meses! Al mismo tiempo estaba claro que, si tenías que hacer una buena acción, era mejor estar tentado de no hacerla. Mejor superar una tentación que no haberla tenido. Al acercarse al coche vio al jabalí unos metros más abajo, pegado al asfalto, con las patas tiesas y los ojos brillantes de color grana, todavía muy abiertos por la sorpresa. La sangre le salía por el morro junto con la lengua. Respiraba deprisa, tosía ahogándose y no podía moverse. Ni lo intentaba. Vadó pensó que él mismo, tumbado en la cama, tenía la misma forma de mamut y los mismos problemas para moverse. Por las mañanas resoplaba igual.

Se identificó con el jabalí y se le humedecieron los ojos, pero dudaba de si se compadecía del animal o de sí mismo. Le lloraron un poco los ojos y entre las lágrimas se fijó en el guardabarros del Audi tal y como, al cabo de unos días, lo vería yo en las fotos que me enseñarían los policías: estaba hecho una uve por el tronco

del abeto, con el capó convertido en un acordeón. Entendió cómo había sido el accidente, la fuerza del choque que había enviado al jabalí lejos, y dio las gracias porque por una vez en la vida el jabalí no hubiera cruzado cuando iba a pasar él, sino que hubiera tenido el detalle de salir a la carretera un poco antes, cuando pasaba el Audi Q8 y no él con su Dacia Sandero cutre y con la carrocería de papel de fumar, porque entonces el tronco del abeto no habría aplastado el parachoques y el capó, sino que habría atravesado el Dacia de punta a punta como las sierras de cinta vertical de las carpinterías del polígono, y habría serrado el coche en dos mitades simétricas, y parte de su muslote derecho y su culo gordo.

Le vino otra lágrima por el jabalí que se moría y murmuró gracias lo bastante fuerte para que lo oyeran el jabalí y el conductor, al que ya veía por la ventanilla rota, con la cabeza en el airbag como si fuera un cojín, y levantó la voz para que lo oyeran los árboles y los pájaros que dormían en las ramas, gracias, árboles, y gracias, pájaros, bosques y estrellas, gracias, porque él siempre corría demasiado por esa carretera, porque era una carretera que iba a las pistas de esquí y entre semana no pasaba nadie a esa hora aparte de él, tan llena de curvas que si por casualidad hubiera ido un coche en sentido contrario lo habría visto de lejos, habría visto los faros acercarse como dos meteoritos siguiendo la montaña, encendiéndose y apagándose con las curvas.

Pero los jabalíes no llevan faros, ese es el problema. Son un peligro y cada año provocaban más accidentes. Le serviría de aviso. Había tenido mucha suerte de que el jabalí se lo hubiera comido el otro coche. No parecía que el conductor respirase. Por una vez en la vida tenía delante a un pringado más pringado que él. Ni aquel pedazo de Audi lo había salvado. Por una vez en la vida, y sin que sirviera de precedente, el jabalí se había equivocado. Había saltado a la carretera antes de tiempo. Iba a por él, eso seguro, pero se había equivocado de cliente. Le tenía tantas ganas que había saltado a la carretera antes de tiempo. Claro que ahora daba

igual. Había tenido suerte. La fortuna había hablado claramente: ¿Lo ves, Vadó, como no te tengo manía? Aunque fuera una suerte por defecto, era una suerte. No había pasado las oposiciones del Ayuntamiento, no había heredado nada de sus padres, no había conocido a la mujer de su vida y con la guitarra hacía que los del grupo pasaran vergüenza, pero había vuelto a nacer. ¿No era un buen negocio? ¿Quién no firmaría? La verdad es que no se fiaba. Tenía experiencia. Estaba ya muy quemado. En mi caso, pensó, seguro que la suerte tendrá un precio. Dale tiempo. Déjala a su aire. Se lo olía. La suerte a punto de convertirse en otra desgracia. Solo había que esperar, pensarlo un poquito, darle otra vuelta. Primero oyes el motor, después ves los faros. Espera un segundo. Era gato escaldado. Se le iluminó el pensamiento, se lo olió: la mala noche que le esperaba. Exacto. Bomberos, policía, ambulancias. Trámites, atestados y declaraciones. Y encima tenía que darle las gracias a la fortuna.

Pero un momento. Notó un regusto amargo en la garganta. Había cenado una pizza speciale en Masella. Había ido adrede. Las temperaturas habían caído en picado en los últimos días. Estaban poniendo a punto las instalaciones. Abrirían pistas el fin de semana, habían empezado a fabricar nieve, los cañones funcionaban toda la noche. El restaurante se preparaba para la temporada y él conocía a un camarero que también trabajaba en el polígono. Hacían pizzas al horno de leña a buen precio. Hay que salir de casa, lo tenía a veinte minutos y allí nadie lo conocía, aparte del camarero. Eran pizzas gigantes. Los esquidores se pasaban el día en pistas y por la noche zampaban como posesos. Le encantaba mirarlos. Hinchados con la ropa como muñecos de nieve de colores. Se fundían con el buen tiempo. Ahora por fin volverían. Eran increíbles. Comían y no engordaban. Eran maravillosos. Jóvenes y ricos, alegres, con anorak y pantalones brillantes. Venían de otro mundo. Los esperaba. No tardaría en volver a cenar acompañado.

Escupió al pie de la rueda del Audi. Ah, claro. Ya lo tenía. Llegarían los Mossos d'Esquadra, le olerían el aliento y le harían soplar. Se había tomado tres cervezas con la pizza. Le pondrían la multa y le quitarían tres puntos. Si le quitaban tres puntos perdería el carnet. Y si perdía el carnet perdería el curro. Y si perdía el curro perdería la casa y si perdía la casa sería un siniestro total, si le quitaban la casa sería el final de todo, y entonces sí que le habría valido más haber tenido el accidente él y que otro conductor, quizás el del Audi, lo hubiera encontrado y lo hubiera salvado, y una temporada en el hospital ahora mismo no le vendría nada mal, al contrario, sería una tregua, unos días para poder pensar qué hacía consigo mismo, para reordenarse, el Dacia era de la empresa y estaba asegurado...

Y por lo tanto el jabalí no se había equivocado de conductor. Él siempre chupándose el dedo. El jabalí lo había engañado, le había hecho creer que lo tenía a favor. Los animales son inteligentes. Estuvo a punto de ir a arrearle una patada. Todo siempre siempre tan sucio, todo siempre siempre un campo de minas. También lo habían estafado con la letra pequeña de la hipoteca, siempre la letra pequeña, no se acaba nunca, la letra pequeña siempre tiene debajo más letra pequeña... Y ahora me tocará pagar por la suerte de otro. Creía que él se había comido mi desgracia y es lo contrario, él habrá tenido la suerte de que yo lo salve. Y yo que me he salvado del accidente tendré que comerme la desgracia de perder el curro y la casa.

No corras.

Hay más letra pequeña.

Una cláusula adicional referida a la obesidad mórbida.

Hacía dos meses, volviendo de un concierto, ya lo habían parado en un control de alcoholemia. Aquello sí que había sido peligroso, porque la ginebra no es cerveza. Pasada la curva lo esperaban los Mossos. La puta luz azul que te deja helado. El coche patrulla. La banda de atracadores armados. Le hicieron meterse un plástico

en la boca y le ordenaron que soplara. Reían entre ellos, quizás iban bebidos también. Le endosaron la multa. Le quitaron cuatro puntos. Pero solo cuatro puntos. No perdió el carnet. Calló. Con menos de la mitad de lo que se había metido él, hacía un año a un compañero del polígono lo habían dejado sin carnet directamente. A él lo salvó el chaleco antialcohol, enseguida lo entendió, el escudo protector, los mismos ciento cuarenta kilos que lo ahogaban y que vivían de él, el jabalí gigante que se alimentaba por su boca y que acabaría matándolo lo había salvado. Eso lo sabía, hasta la mala suerte tiene cláusulas y letra pequeña, y ahora cuando llegara la policía ya haría una hora que se había tomado las tres cervezas. Ya las habría meado allí en los árboles o en la rueda del Audi, y el alcohol se habría metabolizado. No, el problema era otro, pensaba, todavía con el móvil encendido en la mano, todavía sin haber encontrado el teléfono de emergencias, quizás sin ser consciente de estar haciendo tiempo para metabolizar el alcohol. El problema no eran los Mossos, sino dejar escapar otra vez la suerte, no tener el valor de asumirla, de comprometerse con ella. Era la historia de su vida, la incapacidad de reconocer que no basta con la suerte, que la suerte solo es la excusa, la casilla de salida. La madera de los almacenes del polígono no valdría nada si no se utilizara para hacer muebles, solo serviría para quemar si no la aprovecharan. De igual manera, si tenías una racha de suerte no servía de nada si no le sacabas partido, si no la invertías; por eso los demás se casaban y se hacían ricos y vivían de puta madre, porque se la jugaban, porque apostaban fuerte, y en cambio él, durante toda su vida, solo había apostado al caballo perdedor, al caballo cojo precisamente porque iba cojo, había apostado siempre a la desgracia, a esperar la desgracia para al menos no tener un desengaño; y cuando el jabalí gigante que era él mismo le pedía comer, él comía; y cuando las chicas le decían no me llames, él no las llamaba; y se iba arrinconando, arrinconando, y cenaba solo en el restaurante de unas pistas de esquí cerradas... Y, ahora que

por una vez en la vida tenía la oportunidad de plantar cara y de ser como los demás, ahora le faltaba el valor. El valor de reconocer que la suerte te la ganas, que nada es gratis y que la suerte tiene un precio, ser valiente para jugártela a fondo, apostar, quererla de verdad, tenerla, dejarse ir de una vez por la pista negra y volar como los esquiadores expertos, salir por piernas cagando leches, soltar lastre de una vez y volar, levantar el vuelo, dejar en tierra los sacos de grasa y de letra pequeña y flotar hacia arriba, hacia las pistas altas, hacia una visión más amplia del mundo, más distanciada, más sabia, ganar perspectiva, a la mierda la letra pequeña, desde allí arriba no se lee, ni la ves. ¡Que se ocupara otro del accidente! ¡No era culpa suya, pero sí que lo sería si se quedaba! ¡Cuántas veces había tenido una oportunidad tan buena? ¡Cuántas veces había implorado para tenerla, para que llegara el momento de doblar la esquina y mirar a la suerte cara a cara, enfrentarse a ella con un gesto decidido, fundador, de ser lo bastante valiente para empezar una nueva vida, la dieta definitiva para quitarse de encima el mamut que lo aplastaba! ¡No dejarse comer por el jabalí gigante, sino comérselo él! Por nervioso que estuviera, al llegar a casa, no volver a cenar, al contrario, estrenar una bolsa de basura y vaciar la nevera de flanes y de copas de chocolate, y el congelador de pizzas, todo tirado directamente, los nervios mismos le quitarían el hambre, se lavaría las manos, se ducharía, buscaría el cepillo y la pasta y se lavaría los dientes por primera vez en mil años, los dientes, no los colmillos, y cambiaría las sábanas, y estrenaría un pijama nuevo de cuando era joven, que no hacía tanto, por pequeño que le fuera, daba igual, su cuerpo a la larga se adaptaría al pijama, y al día siguiente ya sería una persona nueva y al cabo de muy poco tiempo todo el mundo empezaría a notarlo y lo felicitarían, y entraría en un círculo virtuoso y sin marcha atrás, porque tendría un cargo de conciencia, un crimen por redimir, un pecado inconfesable, un arma secreta debajo de la piel, cambiaría la grasa por la mala acción, el cuerpo por el espíritu.

Sudaba tanto que ya estaba empezando a perder peso. Fue acercándose a la ventanilla del coche como si flotara, como si ya fuera un poco un ángel, confiaba en que el conductor aún estuviera vivo como el jabalí, rezó para que el conductor estuviera vivo, porque así aún tendría más sentido abandonarlo, y con él los sacos de grasa y de letra pequeña, quería que el conductor herido estuviera consciente para que se hiciera la ilusión de que iba a salvarlo, y entonces guiñarle un ojo y darle la espalda como un hijo de la gran puta, sonreírle y todo, si no fuera porque la sonrisa tiene un punto de anestesia y de autoindulgencia; no, en lugar de sonreír le negaría la ayuda moviendo la cabeza y mirándolo a los ojos, y levantaría el dedo corazón, que os den por saco a ti y a tu Audi de lujo, al jabalí y a mi vida de antes, y le guiñaría un ojo y después daría media vuelta y volvería al Sandero mientras oía por detrás los lamentos y las promesas y el chantaje de siempre, entre los resoplidos del jabalí, querer dar lástima no le serviría de nada al conductor, lo sabía mejor que nadie, cuando quieres dar lástima acabas dando rabia, era la historia de su vida, caminaría sin ninguna prisa hasta el Sandero con la cabeza bien alta, pisando su propio cadáver, los restos de la metamorfosis, arrancaría y desaparecería volando por encima de los árboles, y le daría pena el jabalí, se sentiría en deuda con él, incluso sopesó por un momento la posibilidad de cargarlo en el coche y llevárselo al piso, curarlo y tenerlo unos cuantos días en casa como recordatorio de lo que había hecho y lo que tenía que hacer, del compromiso de adelgazar de una vez, de ir a una dietista y seguir el programa que le prescribiera, punto por punto, de operarse si hacía falta, de quitarse sacos y sacos de grasa y de letra pequeña como quien saca la basura, toda la mierda inútil de las últimas décadas, toneladas y toneladas de pizza y de copas de chocolate, de birras y letra pequeña, y curar al jabalí, que en aquel momento no valía nada, que era una vida de mierda inútil como la suya, colgada de un hilo, y curarlo y curarse y volver a llevarlo al bosque, que estuviera libre y feliz

y sano como los demás jabalíes, la montaña era suya, y ver aquel cuerpo de mamut galopante contento, libre y curado, su cuerpo de mamut, ¡hasta nunca!, y entonces el jabalí se volvería para echarle un vistazo agradecido y sonreírle y ya no se verían nunca más.

Se olvidó de la idea del jabalí, otra vez aquella tendencia cobarde a querer redimirse, a compensar su pecado salvando a un jabalí moribundo. No, al contrario, no podía desviarse del objetivo, tenía que ser como los demás, el jabalí también era enemigo, no nos engañemos, había querido llevarlo a la policía, había querido hacer que perdiera el curro y el piso, la suerte implicaba estar solo, es así, la suerte era soledad, la suerte solo podía ser secreta, no podía arriesgarse a dejar rastro, nadie tenía que sospechar que se había parado un coche, ya solo le faltaba eso, no, seguiría el viaje y si veía venir a alguien de lejos (cosa que no pasaría) apartaría el Sandero, se camuflaría entre los árboles con las luces apagadas y el otro pasaría de largo sin verlo y se encontraría con el pollo, mientras que él huiría hacia una nueva vida con el pasaporte para entrar. Señor aduanero, vengo del infierno. Sí, vale, todo lo que quiera, pero mire mi pasaporte, señor aduanero, todos los visados, todo en orden, todo los trámites y los certificados, todo en regla, todo limpio, vengo de saldar la hipoteca, me he hecho un hombre, me he hecho un santo, ¡déjeme entrar en el cielo!

Madre mía. Pero ¡si la puerta de entrada al infierno y la de salida eran la misma! ¡Y no había término medio, solo podía elegir entre quedarse o largarse! La puerta de entrada al infierno y la de salida eran la misma, a un lado el cielo y al otro el infierno, pero ¿a qué lado estaba cada cosa? Aún peor, ¿a qué lado había nacido él? ¿De qué país era? ¿Cruzar la puerta era entrar en el cielo o salir? Porque la experiencia le decía que todo podía ser aún peor... Y el valor contestaba: ¡Cagón! ¡Cobarde! ¡Siempre lo serás, por mucho que cruces la puerta!

Lo sentía, le rompía el alma, pero tenerle lástima al conductor era tenérsela a sí mismo, y eso debía acabarse de una vez. Llevaría

a aquel desgraciado en el corazón, lo recordaría eternamente, lo velaría, lo honraría y lo reencarnaría. Pero para eso tenía que soltar lastre. Llevaba toda la vida esperando ese momento. Como una rama que quería dejar el árbol y a lo máximo que llegaba era a alargarlo, ampliarlo, sombrearlo, tapar el cielo y llenarse de hojas y pájaros. ¡Esos sí que volaban, los muy hijos de la gran puta, y se reían de la rama y del árbol! ¡No hay santos con obesidad mórbida!

Cuando subió al Sandero el miedo se había solidificado. La noche se le colaba entre los huesos, no le quedaba carne, la pelvis no sostenía nada, tenía el cráneo vacío. El fracasado siempre fracasa, el fracasado no puede traicionarse porque traicionarse es un fracaso, o sea, una victoria. Un fracasado es el triunfo de la derrota y la derrota del triunfo. Intentó apretar el volante entre los dedos, le clavó las uñas, miró el reloj, eran más de las doce, arrancó. Hundía el acelerador con las falanges de los dedos a través del calcetín y de la suela, sin músculos ni fuerza.

Hasta que la carne lo inundó otra vez. Ciento cuarenta mil kilos de grasa y de letra pequeña. Sin el cinismo tenías el fracaso y con el cinismo tenías la derrota. Salió del coche y se fue hasta el Audi. El jabalí había muerto mientras tanto. El hombre que tenía la cabeza en el cojín del airbag respiraba.

Marcó el 112. Una voz tranquila lo pasó con una voz no tan tranquila que tomó nota y le pidió que no se moviera ni tocara nada, que en cuestión de diez minutos llegaría una ambulancia. ¿Adónde quiere que vaya y qué quiere que toque?, pensó, pero no dijo nada. Le esperaba una noche larga y oscura y cansada. Iría la policía, le harían un test y le confiscarían el coche allí mismo. Era un coche de la empresa de seguridad. El dueño se lo dejaba para que pudiera ir todos los días al polígono. Quizás los Mossos lo llevarían a casa después de pasar por comisaría, pero perdería el carnet y el trabajo y el piso.

Ya no podía huir. Su número de teléfono había quedado registrado.

El hombre del Audi tenía unos cincuenta años, delgado, setenta o setenta y cinco kilos, una cara familiar, un conductor cualquiera, un jabalí como había tantos.

¿Quizás había visto a Vadó dándole la espalda y volviendo al Sanderó?

Fue hasta el asfalto y vio ya, a lo lejos, surgiendo de la profundidad de las montañas, el meteorito de la ambulancia que cruzaba la noche con un festival de chispas amarillas, escondiéndose y saliendo de entre los árboles. No perdían ni un segundo. Detrás de la ambulancia, a algunos kilómetros, la luz azul del segundo meteorito, el de los Mossos. Esos iban a por él. Las sirenas se entrelazaban una con la otra.

Sin embargo, al final no fue el desastre de noche que preveía.

Los Mossos tomaron nota para el atestado, pero no le pidieron que soplara.

Quizás no le cantaba el aliento.

Quizás había sudado toda la cerveza.

Cuando subieron al herido a la ambulancia, le preguntó al policía si podía irse.

—Hace ya rato que usted aquí sobra.

Se guardó el carnet en el bolsillo. Muy pronto volvería a correr como siempre por aquella carretera.

Llegó a casa solo dos horas después de lo habitual. Ni grúas, ni comisarías, ni hospitales. Abrió una cerveza de litro para celebrarlo. ¿Ves como no te tengo manía? Lo devoraba el hambre. Se lo había ganado. Desempaquetó dos quattro stagioni, las puso en un plato, una del revés encima de la otra, en forma de bocadillo. Se habría zampado el jabalí entero, se habría hecho una pizza gigante de jabalí, de jabalí sagrado, como un ritual. La mozzarella chorreaba